

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

HERNAN CORTES

ante
MOCTEZUMA



MAUCCI HOS MEXICO

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

HERNAN CORTÉS ANTE MOCTEZUMA

ó

la entrada en Tenochtitlan

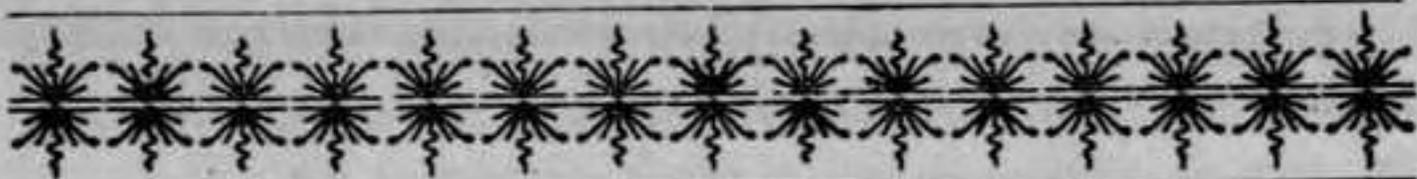
por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

**Maucci Hermanos. — Primera del Re'ox, 1
1900**



Hernan Cortés ante Moctezuma

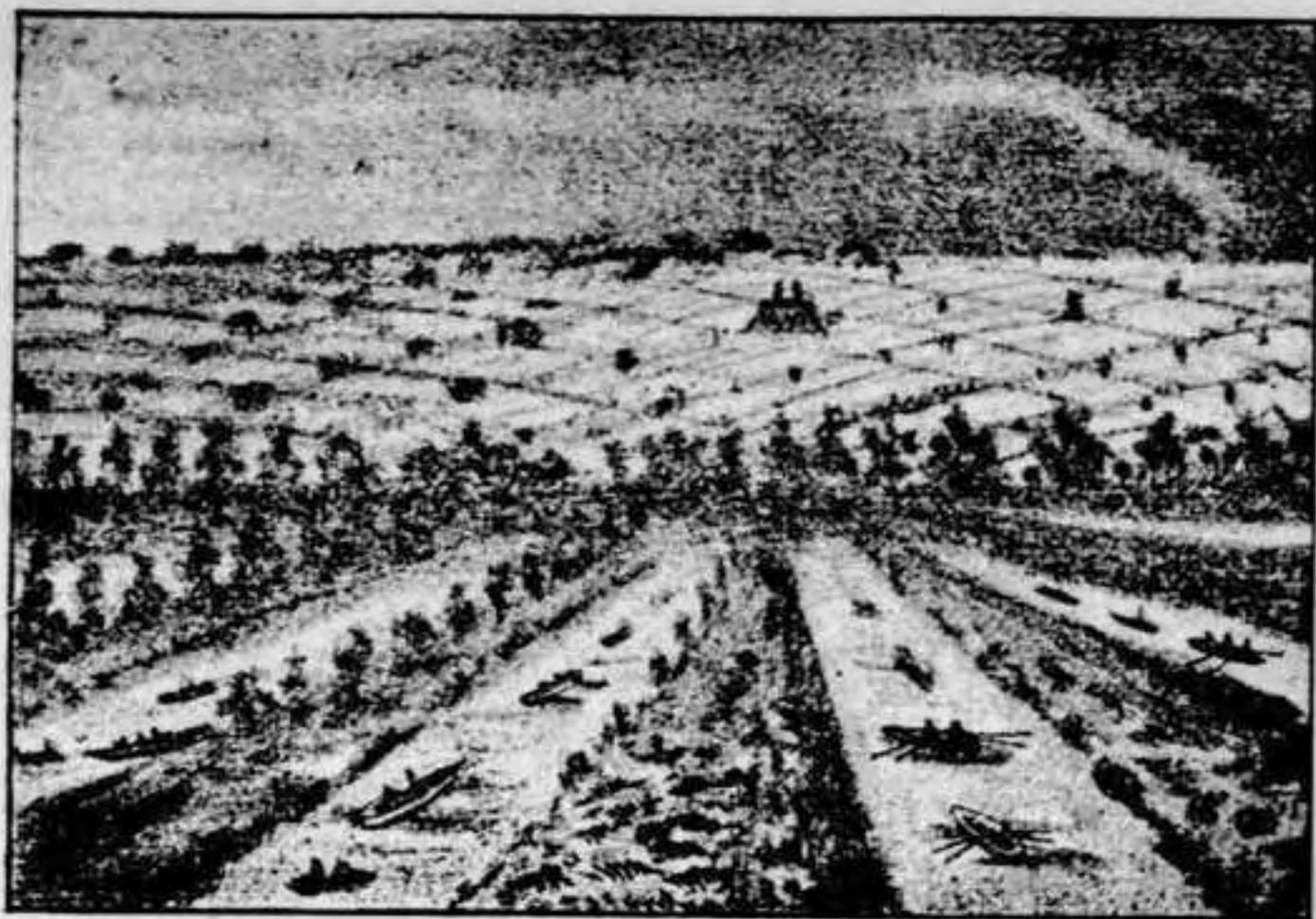


La ciudad de «Tenochtitlan,» centro y capital del imperio mexicano, era una gran Metrópoli. Soberbia y bellísima, se asentaba sobre la inmensa laguna, como una isla encantadora en medio de un mar azul, siempre bellísimo y tranquilo, reflejando como un espejo de infinito cristal, el cielo eternamente azul y purísimo del Anahuac...

Nunca el imperio mexicano había llegado á semejante grandeza como aquella á que ascendió bajo la tiranía de «Moctezuma el pequeño.

Llegaban sus dominios desde las regiones desiertas del Norte de Jalisco tocando el mar Pacífico; y el mar del Golfo desde Yucatán y Campeche, abarcando todo lo que ahora forma el territorio mexicano y aún extendiéndose más allá de Guatemala...

Ya comprenderéis, lectores amigos, cual no sería el brillo de la capital de un imperio tan



grande, poblado, rico y esclavo, absoluto de un rey como el tirano Moctezuma, afecto al boato, á las ceremonias de adulación, haciéndose pasar no como un hombre, sino como un dios que por excesiva bondad se dignaba bajar al trono de México para gobernar el Anahuac.

Tal era la capital magnífica, con medio millón de habitantes que Cortés pudo contemplar, latiendo su corazón de entusiasmo, delirante de alegría, cuando bajó de las cordilleras del Oriente entre el «Popocatepetl» y el «Ixtacihuatl.»

Después de la terrible matanza de Cholula, sombrío y mudo, se disponía el caudillo á levantar su ejército para dirigirse á México cuando aún llegó una embajada de príncipes y «tecuhtlis» mexicanos en nombre de su amo el Emperador Moctezuma.

Marina, fiel como siempre al lado de Hernán, espía los rostros de aquellos nobles aztecas que venían con criados que cargaban cestos llenos de lentejuelas y flores de oro... ¡Oro,

siempre oro mandaba el cobarde tirano para detener al invasor!

Brillaron de codicia los ojos del capitán y los de los soldados al ver aquel prodigioso envío que valía millones de pesos.

—¡Oh, Tecuhtli! divino hijo del «Gran Tonatihu... Nuestro soberano señor te saluda, te envía en señal de respeto y amor esos obsequios que sabe que te agradan; mas te suplica que no te expongas á molestarte, subiendo todavía más por ásperas montañas que no debes hollar por ser indignas de tu divina planta...

¿Qué vas hacer en una ciudad de pobres mortales, en una ciudad miserable, triste y sin un palacio para tí, ni quinientos palacios más para los que te acompañan.?

¡Los de tu raza tan sólo... porque los abominables perros tlaxcaltecas se alojarían en las cuadras del teocalli Mayor para sacrificarlos á todos en un momento, muerte gloriosa que les daríamos en atención á que vienen contigo!...

Con que, divino hijo del Sol, escucha, dignate atender la voz del Cariño reverente del emperador Moctezuma... no te molestes siguiendo hasta Tenochtitlan... torna al mar, vuelve á tus palacios flotantes; cárgalos hasta que ya no puedan más con el oro que te manda mi señor y con el que quieras más... y dí cada cuando quieres recibir sus obsequios y tributos... te mandará oro, más oro, esmeraldas, ópalos, pieles finísimas, armaduras de «cuahutli» (águila) y ocelotl» (tigre), macanas terribles, hechas por sabios artífices... esclavos fuertes y vírgenes princesas para que sirvan á tus esposas blancas...

¡Oh, tecuhtli blanco! todo esto te ofrece Moctezuma, si regresas al mar y te vas á tu patria.

Calló el embajador, prosternándose y tomando del suelo el polvo con el dedo índice que llevó á sus labios en señal de profundo respeto.

Marina que le oía con atención, tradujo al instante su discurso, ayudado por el otro in.



térprete Aguilar, aquel español que había vivido entre los indios de Yucatan.

—¡Jamás! ¡jamás!... Soy vasallo respetuoso del rey más poderoso del Universo y cumpliré su encargo que es hablar, en su representación, de Señor á Señor, con tu rey... Yo he de llegar á México y habrá de recibirme, y aún le tendré que preguntar por qué he visto va-

rios guerreros mexicanos rondando en las noches en los alrededores de mis reales posesiones... ¡Ya veis lo que podemos!... Esos de Cholula quisieron traicionarnos y los castigamos... y aún tuvimos misericordia.

Así contestó el arrogante caudillo español.

*
* *

En orden de combate avanza el ejército bajando hacia el fondo del valle de México, su caballería adelante, explorando el terreno, luego los arcabuceros, después la artillería, y en el centro los hombres de espada larguísima y dura rodela... en la retaguardia venían tres mil «tlaxcaltecas,» cargando las provisiones, las armas de reservas y las cajas de los tesoros...

En el camino se le fueron acercando humildemente los reyecitos de las provincias sujetas á Moctezuma al que odiaban por su tiranía...

Le ofrecían á Cortés su amistad, se le que-

jaban de las injusticias del emperador, y le hacían magníficos obsequios, víveres abundantes... ¡y oro!...

Y á todos les decía Cortés que les ayudaría porque á eso venía, y que ante todo fuesen á traerle «oro, más oro...»

Por fin se encontró el caudillo audaz en plena llanura, después de haber rodeado por los bellísimos jardines y palacios que hermoseauaban á la entonces deliciosa villa de «Ixtapalapan,» donde á la margen de la majestuosa laguna de «Texcoco,» entre frondas y flores, bajo un cielo purísimo y azul no obstante ser una mañana del mes de Noviembre, se sirvió un banquete, amenizado con danzas y sonar de caracoles aztecas.

Avanzaba el ejército de Cortés por un dique cubierto por hileras de ahuehuetes y jardines flotantes y maravillosas chinampas, ornadas de flores y de las frescas esmeraldas de las legumbres. .

Apenas podía Hernán contener su caballo, también maravillado con el espectáculo mag-

nífico del valle y de aquellos verjeles sobre la tranquila y rizada laguna.

Aquella calzada preciosa que formaba un dique sobre el lago de «Texcoco,» iba á terminar entonces hasta Coyoacan, que era un ramillete florido y perfumado donde se ocultaban los terribles palacios de campo de Moctezuma.

El emperador cuando supo que por fin Cortés se negaba á retroceder ni aún á precio de magnas riquezas, no pudo menos de temblar con mayor espanto, creyendo que llegaba su último día y que iba á entregar su adorado imperio á los mismos hijos del Sol.

Mandó que sus andas más lujosas fuesen llevadas por los principales señores y reyes del imperio; magníficos toldos de vividos colores, con flecos de plumajes de seda y borladuras de ópalos y esmeraldas, sugetas por cordoncillos de oro, le cubrían el sitio de maderas finas, algodones, pieles de tigre acolchadas y engarces de piedras preciosas...

¡Qué profusión de riquezas! ¡Cuántos tesoro-

ros solamente en aquel trono y aquellas andas bajo el palio imperial!...

Tras de él iba el cortejo de la nobleza al lado de los miembros más distinguidos de la familia del emperador; luego, los príncipes de otros señoríos sugetos al Imperio y tras ellos como guardia de honor los jefes de ejército, según sus grados y jerarquías... tras de las armaduras imponentes y gallardas de los caballeros tigres seguían las siniestras y espeluznantes, que ocasionaban frío pavor de los «jefes-tigres...»

El rey y sus cortesanos notaron que faltaba allí una ilustre y real persona muy amada del pueblo y temida de los enemigos del imperio: el príncipe Cuahutemoczin, señor de «Tlalte-lolco...»

¿Por qué no había asistido á colocarse en la imperial posesión que iba á recibir al capitán divino de los hombres del «Homecatl?...»

.....
¡Todos lo sabían, menos el imbécil emperador!

También vosotros, mis buenos compatriotas, lectores mexicanos y todos los que leáis estas rápidas evocaciones de la tragedia de la conquista de México, también vosotros comprenderéis la causa por la que no se presentaba el heroico y simpático «Cuahutemoczin... El amor patrio, su dignidad de mexicano, su honor de príncipe, su deber de hombre...

He aquí el cuadro que de «Tenochtitlan,» que blanqueaba allá en el fondo del valle en medio del lago, con sus casas y sus palacios blancos como una inmensa ciudad de plata: rumbo á la mitad de la calzada de «Coyoacan á Ixtapalapan,» saliendo de México, el cortejo de Moctezuma... y en opuesto sentido, Hernán Cortés al frente de sus quinientos españoles, su caballería resoplando relinchos extraños, por primera vez oídos en aquellas bellísimas calzadas tendidas sobre las aguas, orladas de jardines flotantes... sus cañones que á veces se detenían... y después de una hora

de silencio, vomitaban un relámpago, exhalando un trueno...

Brillaban á los rayos del sol las armaduras de los capitanes de Cortés; y éste, con su yelmo de lujo, despidiendo chispas, seguido de su escudero, de Marina á pie y de Aguilar, continuaba admirando los prodigios que veía... ¿Sería suyo todo aquello?...

¡Muy pronto los dos poderosos se iban á encontrar! Debían estar reunidos en el templo de la diosa Toci ..

* * *

Mientras avanzaban el uno al otro los dos ambiciosos que iban á derramar la sangre de muchos pueblos... ved hacia el opuesto rumbo... allá en el término de otra calzada á cuatro seres al parecer infelices, semidesnudos y tristes, bajo la sombra de una roca enorme en la que se había cortado la cabeza de un ídolo gigantesco...

Los hombres hablaban con misterio; exaltándose á veces; muy coléricos ya ó ya abatidos... y señalaban el lugar lejano y opuesto



por donde se iban á encontrar Moctezuma y Cortés.

—Pues bien, hermano; obedezco las órdenes de los genios de nuestra raza; ¡sé que hemos de morir! ¡pero con honor!

—¡Gracias! ¡oh! Señor y hermano... ¡oh! Rey nuestro porque á tí sólo te considero dueño del Anahuac.. Esperemos el instante de protestar y obrar...

—¡No! ¡Vamos á oponernos al momento!..
¡A destruirlos!—gritó el más joven.

Los otros tres quedaron sombríos.

Uno era Cuahutemoc, otro Cuitlahuac, el tercero era aquel bravo «Ocelotltzin»... y el cuarto, el desesperado joven era un valiente hijo de Texcoco...

Y entretanto allá en el precioso paraje se encontraron Moctezuma y Cortés.

El emperador bajó de sus andas solemnemente; Cortés se apeó de su caballo con gallardía... rodearon á uno y otro sus amigos... El caudillo español quiso abrazar el monarca mexicano.—¡Sacrilegio!—No lo permitieron sus señores de la Corte... porque á Moctezuma no le debía tocar nadie.. Hernán sonrió terriblemente y colocó sobre el cuello del Rey un collar de brillantes baratijas... Mientras doscientos servidores le exponían cestillas rebosando preciosidades magníficas... Luego, juntos Moctezuma y Hernán, seguidos muy de cerca de la Malinche entraron al templo grandioso del ídolo azteca... ¡los dos muy amigos!... Y allá á lo lejos la gran Tenochtitlan, herida por el sol, aparecía como una ciudad de plata bruñida.